

PUBLICACIONES *Cinema*

*Charles Farrell
y June Martel*

50
CENTIMOS



en

**JUVENTUDES
RIVALES**

Juventudes rivales

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

Charles Farrell

June Martel

Andy Devine

DIRIGIDA POR

HAMILTON Mc FADDEN



PELICULA UNIVERSAL

DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

JUVENTUDES RIVALES

Una buena mañana, ante el hermoso edificio de la Escuela Superior de Nueva York paró un inmenso camión cargado de grandes paquetes. Apeóse un hombre corpulento y bruto que llevaba el volante y avisó a un extraño viajero que se encontraba profundamente dormido entre los bultos de carga. Este viajero, mal vestido, desgrefado y tan bruto como el conductor, no era otro que el estudiante Zacarías Kipp, tipo representativo del estudiante holgazán y trotacalles, frecuentador de espectáculos, gastador y eterno enemigo de los libros de texto. Había pasado las vacaciones en su pueblo de la manera más tonta y regresaba al Colegio como emprendiera una excursión más. Era ya gran dote, de los más viejos de la Escuela y poco le interesaba que se burlaran de él los demás estudiantes por estar amenazado de pasar en ella toda su vida sin llegar a obtener título alguno. Para él, la vida era la eterna juerga y no tenía más aliciente que el jolgorio continuado.

Cuando el chofer le despertó, estuvo a punto de reprimirle por la molestia que le producía.

—Estamos ya en la Escuela y es hora ya de que se apee.

—Es que estaba aquí muy bien.

—Pues tiene que apearse.

—Bueno, hombre, no se enfade; voy en seguida.

Después de estirarse como un perro, descendió por fin

del camión Zacarías, tomó su maleta y se dispuso a entrar en la Escuela. Pero el conductor le recordó que se olvidaba de abonarle el precio del viaje, a lo que le replicó el estudiante que carecía de dinero. Surgió la discusión en la que llevaba el chofer toda la razón, pero que de nada le sirvió, pues Zacarías, muy ducho en el arte de no pagar nada, en el que era un consumado especialista, fingió como que se caía uno de los bultos que salían del camión, lo aguantó con sus corpulentos brazos y requirió el auxilio del conductor, quien se apresuró a apuntalar el enorme paquete. Cuando estaba en esta posición incómoda y comprometida, tomó Zacarías su maleta y echó a correr hasta penetrar en la Escuela, mientras el pobre hombre dueño del vehículo no pudo hacer más que contemplar cómo se escapaba el tunante estudiante que de una manera tan artera empezaba el nuevo curso que debía ser para él, como los anteriores, de diversión y de trepacerías.

En la Escuela encontré, nada más que entrar, con otros viejos estudiantes conocidos. Todo era alegría y algarrabía en los patios y jardines. Los veteranos se paseaban de un lado a otro entre repartos de abrazos amigables y gritos de alegría; los novatos andaban solos, con cara tristonera y admirados de lo contentos que los demás se recibían mutuamente. Zacarías, siempre vigilante, apenas entró en la Escuela, tropezó con un pobre muchacho recién llegado por primera vez y, ni corto ni perezoso, le ordenó le llevara la maleta a su habitación, orden que el otro se apresuró a cumplimentar, convencido, sin duda ante el aspecto de hombre ya maduro del grandullón de que se trataba de algún profesor. Encontré después con su entrañable amigo Larry Davis, a cuyo cuello se echó en un fuerte abrazo interminable. Sobra decir que entre ambos se deslizo una larga conversación en la que Zacarías vació un interminable ensarte de mentiras de sus conquistas en el pueblo durante las vacaciones. Según él, había sido el furor de las muchachas bonitas y el terror de todos sus compañeros de deporte y de juerga. Y en parte debía de ser cierto, porque el divertido estudiante reunía todas las condiciones indispensables para pasar lo que los estudiantes conocen con la denominación de un veraneo ideal. Ante todo no

conocía la vergüenza, era más fresco que una lechuga, tesoraba una estimable dosis de humorismo y estaba convencido de que la vida ha sido hecha por Dios para no pensar mucho y para estar siempre alegre. Nadie podrá dudar de que con esta singular concepción de las cosas más serias, el joven Zacarías habíase pasado unas vacaciones de lo más divertido que puede soñar alma alguna. Como era natural en tipo tan especial, preguntó a los pocos minutos a su compañero por Dode Gates, su novia en la Escuela, una rubia que estudiaba ya el último curso y que no tenía grandes preocupaciones por sus libros, agraciada y amiga de pasarlo lo mejor que le era posible durante los meses del curso. A decir verdad, formaban una pareja bastante avenida en gustos, si bien en lo físico resultaba enormemente desigual. Zacarías era gordo, alto y descuidado; Dode, en cambio, cuidaba con esmero de su personilla, menuda, viva y nerviosilla como una ardilla.

—¿Tu Dode? Precisamente hace poco rato estaba por aquí en compañía de mi Betty con las que he dado un paseo. Por cierto que las he encontrado un poco impresionadas ante la perspectiva de que éste va a ser el último año de su permanencia en la Escuela. Como puedes suponer, he procurado animarlas de la mejor manera que he podido.

—No me explico estas preocupaciones; ganas de darse malos ratos.

—No, estimado Zacarías, no; muy al contrario, de lo que me ha parecido, atisbar tenían ansias locas, era de divertirse mucho y de pasarlo de la mejor manera. Mirala, por ahí viene.

—Bueno, chico, hasta luego. Voy a saludarla.

Y corrió como un galgo al encuentro de su Dode, a la que por todo saludo dió un fuerte abrazo, no sabemos si obedeciendo a una costumbre o si para demostrarle todo el afecto que por ella sentía, aunque nos inclinamos a creer por lo primero. Le recibió ella con visibles muestras de satisfacción y después de un breve paseo por el jardín, la invitó a un banquete, por parecerle esto la mejor manera de celebrar la apertura del nuevo curso y el grato encuentro. Pero cuando se disponían a realizar tan feliz proyecto,

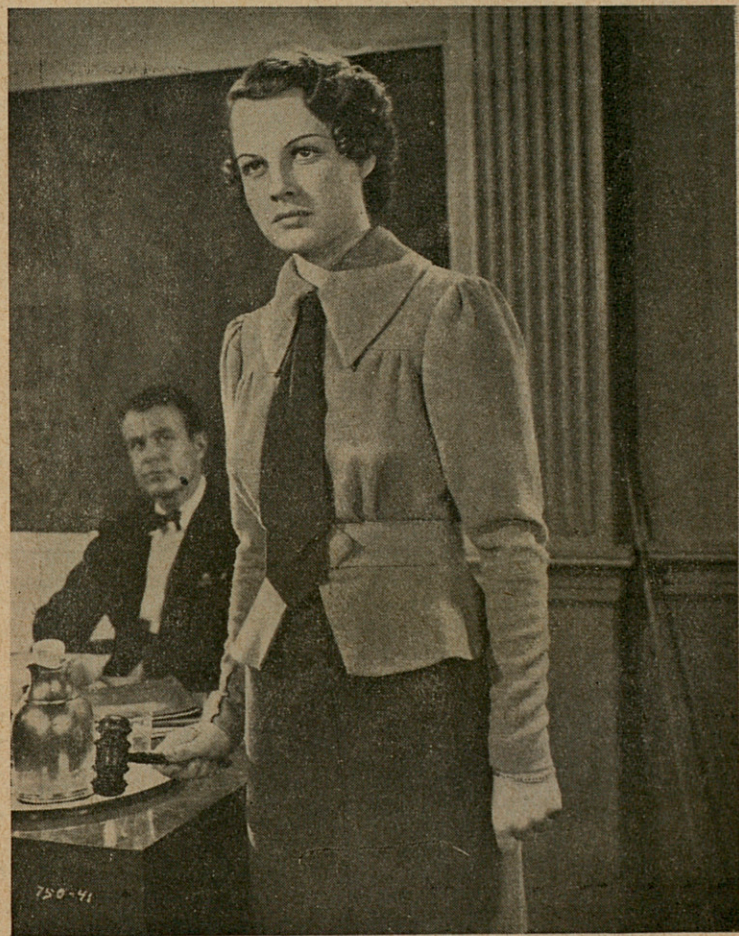
acordóse Zacarías del insignificante detalle de que no poseía un mal dólar con que satisfacer el ágape y no era cosa de quedar mal con el dueño del restaurante, cuyo saludo temía más que a los profesores, por la sencilla razón de que le debía todavía diez dólares del curso anterior. En esto de presentarse bien acompañado en los establecimientos, pedir consumaciones y luego decirle al camarero que apuntara en la libreta de morosos, era igualmente un lince el alegre Zacarías. Pero esta vez, sintió cierto pudor. Además acababa de llegar de casa y lo más probable era que el dueño del restaurante le supusiera con dinero fresco con que poder saldarle la atrasada cuenta. En cambio, la realidad era muy otra y ésta pregonaba sin lugar a la más leve duda, de que Zacarías había llegado tan vacío, que empezó por no poder pagar el importe de un mal viaje en camión. No tenía un céntimo. Y, por otra parte, no podía hacer el ridículo ante su adorada Dode, a la que acababa de invitar y en ocasión tan feliz como la de volverse a ver después de unas largas vacaciones. Para él, no obstante, no había problema insoluble. Estaba acostumbrado a estos trances, de cuyo apuro salía siempre más o menos airoso. Pensó al momento en Larry. Y corrió como un loco en busca del buen amigo al que suplicó, le prestara cinco dólares, pues en aquel momento se encontraba con que tenía el dinero en la maleta y no era cosa de dar cuarenta vueltas a la Escuela en busca del dinero mientras Dode estaba esperándole para marcharse cuanto antes al restaurante. Afortunadamente, Larry le conocía bien en este aspecto y contestóle con mucha serenidad que carecía igualmente de fondos. No se amilanó por este contratiempo. Y fuese al restaurant con su rubia novia. Sobra decir que, terminado el banquete, el dueño le reclamó el importe y los atrasos y en vista de que se declaraba el parroquiano poco menos que insolvente, le invitó a quedarse de camarero en el establecimiento a horas perdidas hasta rehacerle de la deuda con el fruto de su trabajo. Este primer tropiezo del nuevo curso no hizo mella en el ánimo del estudiante. Sabía bien él que a los dos días le despacharía el amo improvisado y que además le condonaría la deuda. Realmente fué así y aún salió el dueño ganancioso, pues en menos de los

dos días le había roto ya el cristal de la tienda y una colección de vajilla que daba horror.

En la Escuela se cuidaba con especial interés la educación y la vida física de los escolares. Estaba encargado de esta especialidad el profesor y entrenador señor Parker, nombre de algún año ya, pero fuerte y enérgico, serio y exigente, enamorado de la cultura física y una autoridad en la materia. A sus órdenes, los estudiantes de la Escuela Superior practicaban los deportes y había conseguido despertar el amor y el entusiasmo de sus alumnos hasta el extremo de que en la gran ciudad cosmopolita gozaba la Escuela de justificada reputación en lo que a la educación física de los alumnos se refería. Y no solamente esto, sino que en las grandes competiciones deportivas que en la ciudad se disputaban, siempre los equipos que el señor Parker presentaba quedaban en uno de los primeros puestos. En el fútbol, particularmente, no había quien le pudiera al potente equipo de la Escuela, cuyos trofeos eran tan numerosos como preciados, pues raras veces perdían un partido los alumnos del afamado maestro. Esto contribuía a que en cuanto se anunciaba un partido de fútbol en que debía participar el equipo de la Escuela Superior, el inmenso estadio se llenaba de un público tan inteligente como entusiasta, que acudía para aplaudir a los diestros muchachos de Parker cuyo triunfo se daba casi siempre por descontado, por la maestría de su juego y el ardoroso entusiasmo que ponían siempre en la competición. Alma del equipo, su verdadero eje y conductor era el joven y simpático Larry, al que Parker profesaba especial predilección. Alto, delgado, ágil y con mucha vista, corría como un galgo. Sus escapadas eran siempre temidas por el adversario, al que causaba serios disgustos. Si a estas facultades físicas se añade que reunía otras de carácter moral muy estimables, como encendido amor a su equipo y un amor propio muy fino, se llegará a la consecuencia de que resultaba un jugador temible en todo momento y un capitán de su equipo digno de su nombre. En muchas competiciones había conquistado el título de campeón. Esto le daba a Larry una cierta popularidad en la Escuela, y hasta se le distinguía en no pocas ocasiones como uno de los alumnos predilec-

tos. Y no es de extrañar. En un pueblo en donde se cultivaba preferentemente el deporte, un elemento de la valla de Larry resulta incluso de un cierto valor de reclamo. Tampoco sorprenderá a nadie si afirmamos que el elemento femenino de la Escuela, tan abundante como distinguido y tan distinto como caprichoso, le distinguiera igualmente con sus preferencias afectivas, lo que traducido al lenguaje vulgar y estudiantil quiere decir que las chicas de la Escuela se sentían más que orgullosas de poder pasear con Larry en las horas de esparcimiento y de salir con él a un espectáculo en los días de fiesta. No obstante, él no abusaba mayormente ni del mimo de los directores y profesores ni de la simpatía con que le distinguían sus compañeras de estudios. Era sencillo y amable con todos y estaba adornado de un temperamento jovial y serio a la vez que le hacía aún más atractivo a los ojos de todos. Tal vez influyera no poco en esta cordura de que daba muestras en todo momento el que tenía por novia y a la que quería con verdadero y sincero afecto, a una de las muchachas más listas y serias de la Escuela, la señorita Betty Wilson, cursante del último año, amiga de la novia de Zacarías, la rubia que ya conocen los lectores, cuyos temperamentos, no obstante, eran completamente distintos, tan diversos como lo eran también los de los novios respectivos.

La afición que en todos los escolares reinaba por el deporte y el hecho de tratarse en su mayoría de personas con pretensiones de hombría, había dado origen a la constitución, dentro de la Escuela, de una Liga, especie de entidad profesional en cuyo seno se ventilaban no solamente los problemas de orden escolar, sino que se discutía de todo y muy especialmente del deporte, por ser la afición que más absorbía la atención y la afición de los estudiantes. En las reuniones de esta Liga, cuya verdadera denominación era LIGA DE ESTUDIANTES LIBRES, se discutía alguna vez con algún acaloramiento y hasta con pasión muy propia de la juventud y en estos torneos oratorios se reveló más de una vez algún futuro orador en las lides de la política. Claro que cuando las palabras subían de tono y la sangre moza se excitaba un poco, amenazaba la tempestad, aunque en honor a la verdad hay que afirmar



Cuando se levantó para explicar el objeto de la reunión ...



Pero Larry falla, en una torpe jugada, como nunca habíale sucedido.

que nunca alcanzaron las sesiones proporciones desagradables.

Precisamente, a las pocas semanas de curso, debían celebrarse elecciones para la designación de Presidente de la Liga y entre los estudiantes reinaba una verdadera efervescencia. Los candidatos que con más ardor aspiraban al puesto y que más interés despertaron entre la población escolar, eran Tony Tonnetti y Carola Arlington. Tonnetti era un muchacho de los más quietos de la Escuela y que gozaba, a pesar de sus años, de una sólida reputación como filólogo, muy querido de todos y que en las sesiones científicas que la Liga acostumbraba celebrar habíase destacado notablemente por sus brillantes intervenciones. Poca cosa se conocía de su familia y era de los estudiantes que podríamos calificar de sin historia. Fiel cumplidor de sus obligaciones, estudiaba con ahínco, era poco amigo de jergas y de diversiones y rehuía siempre las reuniones y tertulias, que le parecían la mejor manera de perder un tiempo precioso que deseaba para sus libros. Frente a él presentaba su candidatura Carola Arlington, joven y bella cursante de primer curso, recién llegada a la Escuela, en donde destacó nada más de llegar, por su espléndida belleza y estimable disposición para el estudio. Nerviosa, inteligente, activa y de una viveza natural nada común, estaba adornada de un don especial de atracción, y tenía estimables cualidades oratorias que la hacían un temible rival del valioso Tonnetti. Era hija de un potentado propietario de yacimientos petrolíferos muy conocido en el mundo de los negocios, lo que le permitía tener coche propio, extremo poco común entre los estudiantes. En lo ideológico, eran dos candidatos representativos de tendencias completamente opuestas: Tonnetti era la encarnación de la seriedad, del orden, del conservadurismo, como se diría en términos políticos; Carola, por el contrario, se había ya dado a conocer por sus concepciones modernistas, radicales y temiblemente avanzadas. La lucha se presentaba, pues, empeñada como nunca se había visto en casos semejantes. La pasión dominaba a los escolares de la Escuela Superior de Nueva York ante el acontecimiento que se avecinaba y los patrocinadores de la candidatura no se daban un mo-

mento de reposo a la busca de adeptos para el día de la elección. Al lado de Carola se puso decididamente desde los primeros momentos un estudiante apellidado Markoff, destacado por sus ideas avanzadas, temible por sus habilitadas artes de proselitismo y trabajador infatigable por la causa de la revolución. Tipo taciturno cuando así convenía para el logro de sus siniestros fines de cazar incautos para su causa. Aunque nadie sabía de él grandes cosas, le suponía todo el mundo como un agente agitador, enlace de determinados elementos sociales, puesto en la Escuela para servir de manejo de los ingenuos estudiantes y hacer entre ellos verdaderos estragos.

Llegó el día señalado para la elección y Carola triunfó netamente sobre su contrincante. De hecho, no obstante, quien movía, inspiraba y manejaba los asuntos que en la Liga se planteaban era Markoff, el misterioso escolar de cabello largo y desaliñado, gafas a lo intelectual y perfil inconfundible de judío despreciable. Tenía su táctica, como la tienen todos los agitadores. Una vez se hubo apoderado de la voluntad de Carola, no paró hasta convencerla de que el deporte embrutecía al hombre en vez de servirle de educación de sus energías según les explicaban todos los días en las clases. Poco le costó convencerla y conquistarla para su causa. A los pocos días, Carola era propagandista acérrima y decidida contra el deporte y puso a contribución de esta propaganda y de su convencimiento todas sus facultades y el poder maravilloso de sus medios y de su astucia. Inspirada e inducida siempre por Markoff, ideó un plan siniestro para desacreditar el deporte en la Escuela. Hizo circular la especie de que con el esfuerzo de los estudiantes, al que se debía que el equipo de la Escuela conquistara un triunfo en cada intervención, los directivos de la Escuela ingresaban cuantiosas sumas en las fiestas deportivas, sin que a los jugadores les alcanzara ventaja ni beneficio alguno; que la violencia en el juego más rebajaba que elevaba el nivel intelectual y moral; que se perdía un tiempo precioso en los entrenos y en los festivales y que lo que deseaban los padres que satisfacían el importe de la pensión era que sus hijos sacaran provecho del estudio en vez de servir de instrumento de di-

versión a la sociedad neoyorquina que acudía a los campos de deportes para contemplar cómo unos cuantos jóvenes de buena voluntad se rompían una pierna o se abrían la cabeza. Hay que reconocer que la siembra de estas doctrinas había de caer en los surcos de las poco discursivas inteligencias de los alumnos como gérmenes disolventes de disciplina y de rebelión, que era lo que Markoff buscaba y alentaba tras cortina. Para mejor lograr el efecto que apetecía, sabía que había de rendir la fortaleza de Larry, como mimado por sus éxitos y su fama de deportista triunfador y especializado en la materia. A este objeto dirigió todos sus esfuerzos, siempre mediante el resorte de Carola. Bien instruida la Presidente, puso en práctica cuanto el perverso estudiante le indujo a realizar.

A raíz de un magnífico partido en el estadio, en el que el equipo de la Escuela se cubrió de gloria con un triunfo resonante, gracias a la intervención acertadísima de Larry, héroe de la jornada y artífice de la victoria resonante, Carola se dispuso a empezar su trabajo cerca del entusiasta Larry y se propuso vencer la resistencia que esperaba había éste de hacer a sus propuestas halagadoras. A tal fin, vigiló un día en que le tocara estar de guardia en los talleres de Larry para emprender un largo paseo en su coche por alrededores de la ciudad. Cuando se hallaba en despoblado, vació uno de los neumáticos y fingiendo un pinchazo se encaminó al teléfono más cercano desde donde solicitó del jefe de los talleres de la Escuela tuviera la bondad de mandarle a toda prisa un mecánico experto para reparar una avería que acababa de sufrir su estupendo coche. Le faltó al jefe referido tiempo para atenderla, que no en vano quien reclamaba el servicio era la hija de un acaudalado propietario de pozos petrolíferos y la presidenta de la Liga. Miró a su alrededor el buen hombre y no vió más que a Larry. Le explicó lo que acababan de comunicarle y le manifestó si estaría dispuesto a salir inmediatamente en una moto para reparar la avería sufrida por la presidenta de la Liga. Accedió al momento Larry y después de solicitar las debidas instrucciones del lugar seguro en donde había quedado el coche parado, salió como un disparo para encontrarse con la bella propietaria del

vehículo averiado. Ya en el lugar del percance, le recibió Carola en extremo cariñosa, lo que no sorprendió a Larry, en primer lugar porque en honor a la verdad hemos de confesar que la amabilidad era uno de los dones con que Dios había favorecido a Carola y luego porque en semejantes trances siempre es recibido el mecánico como el salvador de una situación un tanto angustiosa. Revisó el coche y en cuanto se dió cuenta de que el accidente era más supuesto que real, dirigió a la propietaria una expresiva mirada, en la que quiso decirle que si se había propuesto engañarle, no lo conseguía, ya que se daba perfecta cuenta que había sido ella misma quien había deshinchado el neumático por el elemental procedimiento de abrir la válvula del mismo hasta conseguir vaciarlo por completo. No obstante, como lo que Carola perseguía era estar unos momentos a solas con el joven campeón y lo había conseguido, ningún efecto le hizo la mirada que Larry le acababa de dar, entre amable y representativo a la vez, como compañero y como mecánico.

—Da gusto tener un mecánico tan simpático y tan listo.

—El mismo que contar con una cliente tan bella y tan hábil.

—Muy amable y muy galante.

—La verdad puede decirse siempre sin que a nadie moleste.

—No; si de molestarme no me molesta.

—Pero si lo sabe Betty va a tener celos. Figúrese usted: los dos solos y en medio de una carretera con el coche parado. ¿Qué pensaría Betty si lo supiera?

—Absolutamente nada, constándole como sabe muy bien de que la quiero mucho y de que estaba de guardia en los talleres.

—Pero Betty me tiene poca simpatía, sabe que soy enemiga del deporte y ve en mí a una enemiga de su novio.

—Creo no pasa esto de una figuración de usted.

—Tal vez. Pero, ¿por qué no monta usted en mi coche y vamos ambos a dar un paseo?

—Muy amable; acepto la invitación. Iré más aprisa y más cómodo.

Y montaron los dos jóvenes en el estupendo coche de

Carola, después que Larry hubo inflado de nuevo el neumático.

Sobra decir cómo durante el trayecto aprovechó la hermosa oportunidad la sagaz y astuta Carola para convencer a Larry de sus teorías respecto al deporte. Sabía bien que llevando a su causa al estupendo jugador, el equipo de la Escuela fracasaría en cuantos encuentros interviniera, objetivo de la ofensiva de Markoff de cuyos revolucionarios planes era ciego instrumento la presidenta de la Liga, en descrédito del bien cimentado prestigio de que la Escuela merecidamente gozaba. Al fin y al cabo, la Escuela Superior era un organismo del Gobierno conservador que interesaba mucho desprestigiar a los revolucionarios. Así, por esta concatenación de acometidas, se proponía el agitador con apariencias de manso cordero, realizar su obra nefasta y todo hacía suponer que lo iba consiguiendo. De momento, había conseguido conquistar a la hija de uno de los más afamados capitalistas. No era poco lo ya logrado.

Trabajo más que regular costó a Carola convencer a Larry. Pero éste, débil, como todos los hombres de carne y hueso a presencia de una mujer agraciada y dotada de talento, empezó primero a dudar y luego se dejó casi vencer en otras conversaciones que sobre el mismo tema procuró suscitar la hábil Carola en cuantas ocasiones tuvo de platicar con el campeón. Cuando tuvo la seguridad de la flaqueza de Larry, convocó una reunión general de la Liga, en la que debían discutirse temas de suma importancia, truco al que acostumbran recurrir los dirigentes de entidades para asegurarse la asistencia de la mayor parte de los asociados. Además de que la propaganda que cuidó de hacer entre los estudiantes para la reunión batió el record hasta entonces de la insistencia y de la porfía, trabajo en el que la secundaron Markoff y algún otro escolar convencido por el siniestro revolucionario camuflado de estudiante.

Todas esas andanzas de Carola no habían pasado desapercibidas por Betty. Conocía muy bien ésta las habilidades de la presidenta para atraerse las simpatías de los hombres siempre que así convenía a sus siniestros planes y veía en la amistad de la rica hija del acaudalado prople-

tario de yacimientos petrolíferos a una revolucionaria capaz de descarriar a su novio al propio tiempo que una posible rival muy temible si se proponía quitarle el novio. Tan convencida estaba de ello, que se lo advirtió a Larry, quien no hizo gran caso de las prudentes advertencias de su buena Betty, si bien no dejó de reconocer en el fondo de las palabras de la virtuosa muchacha un fondo de realidad.

El día de la reunión, Betty no dejó de vista a su novio y, ya en la misma, procuró ocupar un asiento contiguo al de éste.

El salón de reuniones bullía de gente joven. Todo era alegría, griterío, bullicio, en medio de la natural expectación para conocer el objeto de la sesión. Carola ocupaba la presidencia con una soltura y una despreocupación que cualquiera que no hubiera sabido que era una novata, la hubiera reputado como una consumada en estos menesteres. Cuando se levantó para explicar el objeto de la reunión, se hizo en el salón un silencio sepulcral. Con singular desenvoltura y hasta con cierta elocuencia y sentido suasorio, dirigió a los reunidos un patético discurso, en el que dijo, poco más o menos:

Estudiantes: me he permitido convocaros para un asunto de especial interés que afecta por igual a todos. Conocéis muy bien el especial cuidado que en la Escuela se dedica al cultivo del deporte, del que nos dicen responde a los más elementales dictados de la enseñanza moderna para fortalecernos y educar nuestras energías. Pues bien; yo os digo que nuestros profesores no persiguen ninguna de estas finalidades y que lo que persiguen con su reprochable proceder no es otra cosa que lucros cuantiosos que les proporcionan los festivales, a costa de vuestros entusiasmos y de vuestras energías. Nunca se nos ha dado cuenta del destino de las fabulosas sumas que vosotros, con vuestro esfuerzo y a costa muchas veces de vuestra integridad personal, proporcionáis a la Escuela. Es hora ya de que reaccionemos contra este abuso. La manera de contestar a esta explotación es boicotear a los que os obligan a ejercicios pesados y arriesgados que derivan las finalidades del deporte en una verdadera lucha de fieras. Recapacitad lo que acabo de deciros sinceramente y que he con-

siderado como un deber ineludible de mi cargo manifestaros. Y he de deciros que si no lo hubiera hecho así, velando por los intereses que me están confiados, me consideraría indigna de ser vuestra presidenta.

La soflama causó honda emoción en gran parte de los oyentes que rubricaron con entusiastas y atronadores aplausos el discurso electrizado y mal intencionado de Carola.

Seguidamente se levantó un asistente, sin duda de acuerdo con Markoff, y manifestó cómo estaba conforme en absoluto con las palabras de la presidenta, a la que, según el orador, sobraba toda la razón y que empezaba a ser hora de que los estudiantes dejaran de servir de instrumento a las apetencias bastardas de la Dirección y del descorazonado Parker, al que poco o nada interesaba el que los jugadores sufrieran las más desastrosas caídas con grave riesgo de su integridad personal, mientras él conservara un nombre y un puesto.

Se levantó luego otro para rebatir los argumentos anteriormente expuestos y hacer un cumplido elogio del deporte como arma poderosa de la cultura física, añadiendo que si bien los festivales podían allegar algún fondo al Colegio, no era menos cierto que gracias a los éxitos alcanzados en el transcurso de muchos años por los equipos presentados a las más sonadas competiciones, la Escuela gozaba de un predicamento bien merecido en el que participaban en gran parte los elementos escolares integrantes de dichos equipos.

Tomó luego la palabra Betty para manifestar únicamente que puesto que del deporte se trataba y tenían entre ellos a un afamado campeón, que sería bueno y hasta curioso conocer el criterio de éste en tan importante asunto, ya que por su calidad de técnico podría dar mucha luz en el asunto y encauzar el debate.

Es indudable que la intervención de Betty resultaba de una gran habilidad en aquel momento en que los pareceres empezaban a dividirse; confiaba además ella en que su presencia serviría de alguna coacción a Larry que éste se pronunciaría contra las intencionadas manifestaciones hechas por la presidenta con tan evidentes finalidades que ya no cabía dudar de los propósitos que ocultaba.

Concedida la palabra a Larry entre la expectación de los concurrentes, se levantó éste, un tanto escurrido y avergonzado. Y dijo, aproximadamente, estas palabras: "Yo..., compañeros, no sé hablar, no soy orador. Creo que en parte tiene razón Carola pero no creo la tenga toda. No tengo más que decir".

Betty saltaba, en su asiento, de nervios y de rabia. No esperaba tan cobarde comportamiento en su novio, al que suponía de más templado temperamento y de convicciones más arraigadas. De momento se limitó a dirigirle una penetrante mirada que tenía toda la fuerza de una reprimenda enérgica y contundente. No podía hacerse al pensamiento que Larry, cuya popularidad y simpatías eran tan generales y que las debía exclusivamente a su relieve en el deporte, pudiera alimentar la más leve duda sobre las excelencias de la cultura física y que, por los halagos de Carola, tuviera la cobardía de no pronunciarse resueltamente en contra de las absurdas teorías que allí acababan de exponerse con finalidades que a ella no se le ocultaban.

Hubiera querido escuchar de labios de su estimado Larry una condenación concreta y terminante de las palabras de Carola y hubiera deseado aún poder escuchar de él que no compartía tales teorías y de que se colocaba frente a la maniobra que se perseguía. Tenía una reputación bien cimentada en la materia y nadie podía discutir sobre aquel tema como él con más fundamento de causa. Además de que, según Betty veía las cosas, hasta por propio egoísmo debía haber adoptado Larry esta postura. La decepción que sufrió no es para descrita. De no quererle mucho, fácilmente le hubiera dado las dimisorias en aquel mismo instante. Pero no descorazonó.

El caso es que tampoco Carola esperaba una contestación tan dubitativa de labios de Larry, al que consideraba y completamente convencido y suponía absolutamente de su parte. De manera que nadie quedó satisfecho. Viva, no obstante, quiso la presidenta aprovechar tan magnífica oportunidad para remachar más sus argumentos encaminados particularmente a llevar al ánimo de los asistentes, que hombre tan distinguido y ducho en la materia como todos

consideraban a Larry, estaba también convencido de que toda la razón estaba de parte de la presidenta. Volvió a levantarse y dirigiéndose al campeón, le replicó con estas palabras:

"No me extraña que Larry se haya producido en la forma que acaba de hacerlo y acabáis de escuchar todos los presentes. Larry tiene un nombre famoso en las lides y en los ambientes deportivos y yo comprendo perfectamente que no se explique con toda claridad. No obstante, como lo que aquí deseamos es no ser explotados como instrumento de voracidad de los directivos con el pretexto del deporte y de la cultura física, yo ruego a Larry que se comprometa ahora a secundar nuestra campaña y nos diga de hacer de su parte cuanto le sea posible para que decaiga el interés en los partidos en que tome parte en lo sucesivo."

Todos los ojos se concentraron en Larry, cuya respuesta era esperada como la palabra final de la reunión. Betty temblaba de temor y de miedo ante el pensamiento de que la respuesta de su novio fuera afirmativa a la solicitud que acababa de dirigirle tan directamente Carola. Y, en efecto, no se equivocaba en sus temores.

Larry se levantó entre el más sepulcral de los silencios y halagado por el ruego que le hiciera Carola ante todos, se limitó a decir que lo prometía.

El famoso equipo de fútbol de la Escuela Superior, de famoso y brillante historial en los anales del deporte, acababa de recibir una tremenda puñalada trágica que representaba su muerte y llevaba acarreado su desprestigio que había de redundar en el nombre de la Escuela. Carola había vencido otra vez y Markoff podría informar a quienes le habían situado en la Escuela para pervertir a los escolares de un nuevo triunfo de su plan vasto de agitación revolucionaria al servicio del comunismo destructor.

Betty, buena y lista, que sin descubrir totalmente las intenciones aviesas de Carola, veía en el comportamiento de ésta algo extraño y un tanto misterioso, que la disgustaba profundamente, sintió una hondísima pena en lo más íntimo de su corazón.

Todas las mujeres gustan de que el hombre que ellas quieren sea un poco ídolo de los públicos, y se disgustan

solamente pensar que un día esa popularidad puede estumarse. Esto es lo que en el fondo le sucedía también a Betty. Quería mucho a su novio por ser quien era y como era, por su bondad y por las prendas morales que le adornaban, pero también le halagaba no poco que los días de grandes partidos se hablara en el estadio de sus portentosas cualidades de jugador. Los aplausos que sobre el terreno del juego le dedicaban las multitudes entusiasmadas ante una escapada ágil del jugador o ante una proeza característica de su estilo personal, resonaban en su corazón de mujer enamorada como el eco del calor del entusiasmo popular y la agradaba escuchar cómo se le aclamaba como el mejor de los de su bando y gozaba con las felicitaciones que le dirigían los directivos del Colegio y los elogios que le prodigaba en todo momento el entrenador Parker. Le acontecía algo así como lo que sucede a las novias de los grandes poetas, de los pintores afamados, de los oradores famosos o de los toreros de trono. Por eso, ahora, cuando en plena apoteosis de su gloria y de su fama, veía como por el embaucamiento de una mujer a la que consideraba instrumento del perverso Markoff, él, por su propia voluntad, tiraba por los suelos todo su nombre y su prestigio, se sentía tan decepcionada que de no haber sido porque una mujer enamorada acostumbra a estarlo siempre de verdad, hubiérale tirado en cara su falta de carácter y su cobardía y lo más seguro que le hubiera manifestado, que habían terminado. Pero no lo hizo porque en su corazón pudo aún más su amor que su decepción y porque, por otra parte, confiaba todavía en sus recursos para lograr convencerle de lo falso y desastroso de su posición, aunque en el fondo del fondo de su corazón no concibiera grandes esperanzas de conseguirlo, conocedora, como era, del temperamento de su Larry, hombre de recio carácter y de una sola palabra.

A los pocos días de este trascendental acontecimiento en la Escuela, que como es de suponer procuró Carola pasara desapercibido al conocimiento de los directivos, celebróse en el estadio de la ciudad un empeñado encuentro entre el State que este era el nombre del equipo del Colegio, y el Manchester, uno de los más temibles enemigos que

había tenido siempre el glorioso equipo de la Escuela Superior. El solo anuncio del partido despertó en la ciudad un delirante entusiasmo entre los aficionados. En la Escuela no se hablaba de otra cosa. El entrenador Parker y Carola eran sin duda alguna las personas más interesadas en el resultado del festival deportivo. Parker por apuntarse otro triunfo de su equipo y cimentar un poco más su fama de entrenador al propio tiempo que afianzar su estupenda colocación. Carola por comprobar si su plan respondía a los esfuerzos que venía poniendo en la ejecución del mismo y si no le traicionaba el entusiasmo de Larry ante el balón, ya que le constaba que ante el esférico olvidábase de todo y corría como una exhalación para apuntarse un nuevo triunfo personal. Conocióle, además como hombre de temperamento y dudaba no poco de que su amor propio de campeón mimado del público no reaccionara ante una bronca, en la suposición de que se acordara de la promesa que había hecho en la reunión y, realmente, hiciera lo posible por desarticular el juego, cosa por demás segura en cuanto se lo propusiera. Durante unos cuantos días los grandes rotativos publicaron toda suerte de reclamos para el magno acontecimiento deportivo adornadas con fotografías de los jugadores, de los entrenadores y de los equipos. Entre todo este fárrago de prosa y de reclamo, el nombre de Larry ocupaba un lugar preferente sin distinción de matices. Todos le reputaban como el mejor jugador y le atribuían el éxito o el fracaso de su bando. Las taquillas del estadio y de los centros de venta de localidades se vieron asaltadas por el público en cuanto se abrieron. Había quien aseguraba que nunca partido alguno había despertado la expectación y el entusiasmo como el que se iba a celebrar. Obvio es afirmar que los alumnos de la Escuela Superior tenían un lugar preferente reservado desde el que poder seguir todas las incidencias del discutido partido y animar—por la menos este era el deseo de Parker—a los suyos si en alguna ocasión lo necesitaban. Aunque los que no estaban en el secreto, daban casi por descontado el triunfo del State, opinión que compartían el noventa por ciento de los espectadores. Esto no quiere significar ni mucho menos que el Manches-

ter no contara con elementos valiosísimos, pero todos estaban más que convencidos de que en cuanto Larry, cuyas facultades eran extraordinarias y algo privilegiado, se des-tapara, como se dice en el argot deportivo, de nada habían de servirles a los jugadores contrarios sus esfuerzos por superiores que fueran. Todas estas circunstancias suscitaban en los comentarios periodísticos de aquellos días pre-cursos del encuentro tan esperado detalles relacionados con la vida y costumbres de los jugadores, fucultades y estado físico de cada uno y no se metían con su familia porque no se les ocurrió seguramente a los entrometidos críticos deportivos.

La tarde señalada para el partido, Parker reunió a sus muchachos y les dirigió una calurosa arenga en términos medio conminación y medio aliento. Dirigióles luego unas palabras sentidas dirigidas a excitar su amor propio y se confió a la prueba, convencido de un nuevo lauro para su equipo.

Ya en la caseta y a punto de saltar al campo les hizo todavía las últimas advertencias y, antes de saltar al campo de juego, dió una significativa palmadita al hom-bro de Larry como queriéndole significar lo mucho que se empeñaba en tan discutida competición.

Al aparecer en el campo los jugadores, la inmensa muchedumbre que lo ocupaba hasta la última de las lo-calidades, recibió a los muchachos de uno y otro bando con una estruendosa salva de prolongados aplausos. En la interminable gradería ocupada por los alumnos de la Es-cuela Superior hay un agitar de pañuelos que semeja el revoloteo de una bandada de gaviotas inquietas. Y se ges-ticula. Y se grita. Entre los que más chillan, descubrimos al gran amigo de Larry, el incommensurable holgazán y errante Zacarías al lado de su rubita que alborota tam-bién lo suyo. En una de las gradas delanteras están, una al lado de la otra, Betty y Carola, en plan de rivales, de una rivalidad que no ha trascendido al exterior porque cada una sabe silenciar sus sentimientos y las ansias, bien encontradas por cierto, con que asisten al espectáculo. Par-ker, acompañado de tres o cuatro señores más, asiste igualmente al encuentro desde un sitio de distinción desde

el que ha de ser fácil ir instruyendo a sus muchachos en la forma que las circunstancias y el desarrollo del partido le vayan mejor aconsejando. Un sistema de potentes y bien instalados altavoces han sido montados con detenido esmero para que los millares y millares de asistentes pue-dan ir siguiendo con todo detalle el partido e, incluso, las intervenciones individuales de los más renombrados juga-dores. Puntualmente, a la hora previamente señalada, se da la salida a los jugadores. El partido ha empezado. De buenas a primeras, los jugadores del Manchester, en un alarde de bríos que electriza a los concurrentes, llevan una situación de peligro en el marco contrario y reciben del público una delirante ovación que se ha clavado en el corazón de Parker cuyo rostro no puede contener un gesto de contrariedad. Carola dirige una muda pero muy expresiva mirada a Betty y en los corazones de ambas brotan unos sentimientos que se reflejan en los rostros respectivos como de inefable esperanza en el de Carola, de temor en el de su vecina. Los alumnos de la Escuela se miran un poco sorprendidos por lo sucedido en el cam-po. Sólo Markoff sigue sin inmutarse, en espera de otras más grandes sorpresas.

Sigue el juego a un tren fantástico pero con dominio de los del Manchester entre la sorpresa creciente del pú-blico. En un momento dado se adueña del balón Larry y todas las miradas se concentran en el famoso jugador. El silencio es revelador de la emoción que reina en los co-razones en este instante. Pero Larry falla, en una torpe jugada, como nunca habíale sucedido.

Parker se siente visiblemente contrariado y da un re-tortijón nervioso a la solapa de su americana. Carola mira con cara de sonrisa sarcástica a Betty cuya tensión nerviosa va en aumento. Zacarías, indignado, se levanta de su asiento y, con toda la voz de que Dios le ha dotado, dirige una arenga a su amigo Larry, quien, naturalmente, no se entera por la distancia, que tiene la virtud de hacer reír a cuantos rodean al regocijante estudiante. En los asientos ocupados por los partidarios y socios del Man-chester el entusiasmo crece por momentos y se desgafitan animando a sus jugadores con la esperanza de poder de-

rotar al imbatido equipo del State. Todo el campo vibra de intensa emoción.

El primer tanto lo marca el Manchester y al apuntarse en la torre del marcador produce efectos tan distintos como las primeras impresiones que dejamos apuntadas de las primeras jugadas. Al poco rato, otro al que siguen otros siempre en favor del Manchester sin que el State logre rehacerse en su ya aplastante derrota.

Nadie se explica el suceso inesperado que produce en el ánimo de los espectadores la más extraña como imprevisible emoción. Los jugadores del equipo cuya victoria se acentúa y agranda por momentos burlan como les da la gana a sus adversarios, Larry está torpísimo y se desenvuelve de desacierto en desacierto. Cae en cada momento, se deja coger la pelota de la forma más tonta y no tiene uno solo de sus geniales destellos. Se ha apagado, no queda nada. Diríase que ha perdido completamente sus facultades o que está en el estadio de juego solamente para recibir broncas y ser insultado por el público. A medida que avanza el partido y se acerca el descanso los comentarios de los espectadores suben de tono y se da ya por descontada la más resonante de las victorias a favor del Manchester. No será necesario que repitamos que Parker está frenético, que Betty no puede aguantarse los nervios, que Carola se relame de gusto y de satisfacción al ver cristalizados en positivos resultados todos sus esfuerzos y que el infeliz Zacarías está profundamente avergonzado del tristísimo papel de su amigo. Llega, por fin, el descanso y el tanteador del State está en un cero vergonzoso y rotundo que pregona la vergüenza hacia unos jugadores que hasta aquel día gozaban de ser los mejores.

En el curso del reposo se hacen en el campo los comentarios más apasionados entre los partidarios de uno y otro bando. En el compartimiento de jugadores destinado a los de la Escuela, Parker dirige a sus muchachos una bronca fenomenal y afea su inexplicable comportamiento con duras palabras de amenazas y reproches. La felipica va especialmente dirigida contra Larry cuya labor no se explica el entrenador.

Después de la bronca, viene el repertorio de halagos

y promesas para ver de reanimar los decaídos entusiasmos de los jugadores. —Aún se pueden ustedes reivindicar, les dice Parker, y ganar el partido—, aunque, a decir verdad, el más negro de los pesimismos le envuelve y si les ha dirigido unas palabras de aliento ha sido sólo ante el temor de que en la segunda parte se haga la derrota más ostensible. Para algo es el entrenador del equipo y tiene una larga vida de experiencia en estas lides. La vergüenza le come y presiente el disgusto que le va a echar al Director de la Escuela, los comentarios que se verán obligados a escribir los críticos a pesar de la evidente simpatía que entre ellos tiene el State, como fruto de una larga vida de una actuación de triunfos resonantes. Pero, ante los hechos consumados, no tendrán más remedio que pregonar la derrota y proclamar la evidente superioridad del equipo vencedor. En los espectadores está ya descontado el neto y rotundo triunfo del Manchester y, aunque nadie acierta a explicarse, de una manera razonable, el resultado tan imprevisto como inesperado, tienen todos que rendirse a la evidencia de los hechos que proclaman sin lugar a réplica que el Manchester ha sido un equipo mucho mejor que su contrincante en la primera parte. Claro que queda todavía alguna esperanza entre los decididos partidarios de que puede llegar la revancha de una segunda parte, pero las esperanzas son muy flojas en general.

Betty está tan profundamente apenada como satisfecha su vecina Carola y a pesar de los esfuerzos que una y otra ponen en disimular sus sentimientos para no descubrir un estado de espíritu que sería revelador de muchas cosas, en su rostro se transparenta la suma pena que embarga a una y la alegría que siente otra. También allí, en el corazón de las dos jóvenes, hay otro marcador tan interesante como el de los números. El pensamiento de Betty le hace ver las cosas mucho más negras aún de lo que ya lo son en la realidad. No es solamente el hecho de que Larry haya estado torpón y soberanamente desacertado lo que, en realidad, la intranquiliza y la tiene desconcertada, sino la consideración de que hayan podido más en el ánimo de su novio las peroratas y las zale-

meras súplicas de Carola que las sinceras y bien intencionadas reconvenciones que ella le ha dirigido, consciente y temerosa de las malas artes de la presidenta cuyos propósitos si bien es cierto que desconoce a ciencia cierta, no lo es menos que por este mismo motivo la tiene sumida en una mar de encrepadas dudas torturantes. Está muy segura del cariño de su Larry, pero no puede evitar que los mosquitos de los celos la piquen en su corazón con atormentadores recelos y pellizcos de desconfianzas. El, que había jugado siempre con un álgido entusiasmo comunicativo, que había burlado tantas veces a sus contrarios y que se había lucido con una de sus carreras que electrizaran de entusiasmo a los espectadores siempre que se lo había propuesto, marcando tantos de lucimiento personal que levantaban del asiento a los asistentes, aquella tarde más había servido de rémora y estorbo que de conductor al resto del equipo. Era un fracaso con todas las de la ley por el que ella no estaba dispuesta a pasar fácilmente, puesto que representaba la total y absoluta victoria de Carola y ésta era la prueba más evidente de que aquella mala mujer, con sus extravagantes y descarriadas ideas influía en el ánimo de Larry. Y esto era ya otro cantar. Betty no podía consentir que su buen novio sufriera una tan temible influencia que era tanto como pervertirle la inteligencia y corromperle el corazón y si esto lograba la presidenta era evidente y podía darse por descontado que la víctima más directa de su nefasta propaganda estaba Betty llamada a serla, lo que era tanto como proclamar su propio fracaso. En estas y otras muchas cavilaciones no exentas de cierta lógica andaba enzarzada cuando saltaron de nuevo al campo los jugadores a los que el público dispensó un cariñoso recibimiento de aplausos y aclamaciones. Correspondieron los del Manchester con reflejos de viva satisfacción en sus rostros iluminados por el resonante triunfo que ya difícilmente se dejarían arrebatar. Los del State se limitaron a recoger los aplausos sin más muestras exteriores que las de su vergüenza que retrataban su silencio y sus cabezas bajas, resignados a la mala fortuna que aquella tarde tan propia se les había mostrado.



Ebrios de entusiasmo y de alegría, lo llevaron en hombros.



Los dos inculcados fueron detenidos e ingresaron en la cárcel.

La segunda parte transcurrió con más desaciertos todavía que la primera por parte de Larry que resultó el peor de los jugadores del campo. Todo eran tropiezos, caídas y desafortunadas intervenciones. Más aún. En algún momento en que un arrebató de amor propio llevó a los jugadores del State a una jugada vistosa que hacía concebir la esperanza de un tanto, la intromisión de Larry lo desbarataba todo y malograba todos los esfuerzos y desvanecía toda esperanza. Era realmente inexplicable. Parker se tiraba de los pelos, arrebatado por la ira que sentía. Cualquiera, ante tanto desbarajuste, hubiera afirmado que Larry hacía lo posible de su parte por perder. Claro que lo que en el campo sucedía no era un secreto para todos los espectadores. Pero los que desconocían la celebración de la reunión y los subterráneos trabajos de zapa de Markoff y de Carola no se explicaban más que por una indisposición del afamado campeón aquella tarde sembrada de lunares infamantes para un jugador de tanta categoría y de prestigio ganado en anteriores actuaciones brillantísimas. No admitía en realidad de verdad otra explicación una actuación tan desafortunada como catástrofica.

Terminó el encuentro. El tanteador marcaba la friolera de veinte tantos a favor del Manchester por cero en el del State. Nunca en la historia del fútbol neyorkino, pródigo en sorpresas y en desastres, habíase registrado un resultado tan desigual como inesperado. Se retiraron los espectadores en la forma que es de suponer. Los socios del Manchester recorrieron aquella noche las calles locos de contento. En la Escuela Superior todo eran caras largas, aunque en la intimidad algunos celebraban el acontecimiento con la más inefable de las satisfacciones. Parker estaba sudoroso, lívido, presa de una tremenda excitación. Obtuvo por no aparecer por la Escuela aquella noche en espera del día siguiente poder presentar sus excusas a la Dirección con la promesa de poner remedio al lamentable descalabro sufrido del que era el primer sorprendido y el más directamente afectado.

Los periódicos de la mañana siguiente salieron a la calle anunciando en visibles y grandes caracteres la tre-

menuda derrota del State frente al Manchester de la que hacían autor casi exclusivo a Larry. Sobrado decir que Parker devoró aquel día los comentarios con tan profunda tristeza como incontenible malhumor. Antes que se presentara al Director de la Escuela para exponerle su desencanto y presentarle sus explicaciones, fué el propio Director que le llamó a su despacho, visiblemente contrariado por el resultado de un partido que había ya apuntado de antemano como un nuevo triunfo de los escolares.

—No me lo explico, francamente, contestó Parker, profundamente afectado.

—Pues nadie más que usted interviene en esto; bien sabe que yo nunca me he metido en ello.

—De toda conformidad, señor Director. La actuación de Larry resultó sencillamente desastrosa y procuraré hacer las pertinentes averiguaciones para saber a que ha obedecido.

—En su mano lo dejo y espero que nunca más se repita.

—Lo procuraré.

Con esta parquedad en palabras pero sobradamente expresiva transcurrió la fugaz entrevista de la que salió Parker con una excitación de nervios que no es para des-crita.

Fuese al encuentro de un antiguo y afamado jugador del State durante cuya actuación no había perdido el equipo un solo partido. Le rogó tuviera la bondad de acompañarle y auxiliarle por algún tiempo en el entreno de los jugadores a lo que el solicitado accedió por el gran amor que profesaba a equipo en cuyas filas tanto renombre y prestigio había conquistado.

Le presenta a los muchachos que componen el equipo a los que el nuevo entrenador dirige una arenga encendida de amor al equipo al propio tiempo que les prodiga un sin fin de consejos encaminados a la rehabilitación que todos deseaban y el Director esperaba de ellos.

Mientras esto ocurría, Markoff y Carola completaban su obra haciendo circular la especie de que Larry estropeaba el juego a conciencia para perder el partido y que estaba dispuesto a hacer lo mismo en sucesivos encuentros si se le obligaba a jugar ya que se había declarado

enemigo del deporte. Tanto y tanto circuló la especie que adquirió volumen en los ambientes deportivos en los que el joven jugador perdió no pocas simpatías. Contra los propaladores de la noticia levantóse Betty hecha una fiera en reivindicación de su novio. Pero, desgraciadamente, todos sus esfuerzos se estrellaron ante la persistencia de la campaña de los dos revolucionarios, empeñados en hundir la Escuela con el previo desprestigio de Larry y del equipo que tanto había contribuido a que la Escuela Superior gozara de un merecido crédito. A pesar de todos estos trapicheos y malas artes, el nuevo entrenador sometió al equipo a una serie de duros y persistentes entrenamientos en los que Larry si bien no se comporta del todo mal, no rinde los resultados que eran de esperar de sus facultades y de su fama. La violencia que el nuevo entrenador imprime a las pruebas reviste caracteres impresionantes hasta el extremo que muchos jugadores han de ser retirados lesionados, algunos de ellos con heridas de importancia. Esto es aprovechado por Markoff y Carola para proseguir en su campaña antideportiva y de duras críticas contra el entrenador. Frente a esas insidiosas campañas se levanta siempre Betty, conocedora de los fines que ambos detractores persiguen. Como lucha contra ellos abiertamente, la consideran un serio peligro para su obra destructora y piensan en un procedimiento para eliminarla, pero esperan ponerlo en práctica en atención a un acontecimiento en el que han cifrado muchas esperanzas. Se ha anunciado un nuevo partido del State contra otro potente equipo en el que no ha de intervenir Larry por prescripción de Parker. Saben bien Markoff y Carola que no jugando Larry le ha de tocar perder al equipo de la Escuela y consideran que no es necesario llevar las cosas a extremos más serios para el logro de su obra hasta ahora de tan espléndidos resultados.

Nuevamente la afición se siente atraída por el anuncio del gran partido. Los aficionados sienten otra vez azuzada su curiosidad, mayormente después del fracaso de la última intervención del State. La expectación es igualmente enorme para comprobar ante la nueva prueba, si el State es capaz de reivindicarse o si ha de pasar definitivamente

a la historia entre los que supieron conquistar lauros merecidos en otro tiempo. Entre tanto, los entrenamientos se suceden en el campo de la Escuela y a medida que la fecha señalada se acerca crecen de nuevo los nervios en los jugadores y la emoción entre los aficionados. Aparecen de nuevo los comentarios y los pronósticos en los periódicos que le sientan a Parker como aves de mal agüero. Pero el hombre confía en que la eliminación de Larry ha de resultarle ventajosa y persiste en su decisión de no dejarle jugar, toda vez que, según unánime criterio, solamente a él fué debido el descalabro anterior contra el Manchester. No; no puede intervenir esta vez Larry porque así lo ha dispuesto Parker, supremo árbitro en el asunto. Larry se defiende de todas las acusaciones que se le hacen por todas partes y está sinceramente arrepentido. Quiere jugar, convencido de su error por su buena Betty y así se lo pide a Parker quien contesta negativamente a todos los ruegos del jugador. Este porfía y vuelve a solicitar que se le incluya en el equipo, pero sus ruegos encuentran siempre por parte del entrenador idéntica y rotunda negativa.

Sabedores Carola y Markoff de la paciente y cariñosa obra de persuasión que Betty realiza cerca de Larry y ante el temor de que éste logre vencer la resistencia de Parker, se resuelven a poner en práctica su proyecto que consiste en secuestrar a Betty antes que ésta complete su acción persuasiva y Larry pueda tomar parte en la competición que es esperada con tanto anhelo por el público. Llevan a efecto sus maquiavélicos propósitos, pero con tan mala fortuna que Betty puede recobrar la libertad antes de la fecha señalada para el partido. El incidente ha quedado pendiente de liquidación hasta transcurrido el día del partido cuyo resultado es esparado no solamente por los aficionados sino también por los partidarios de uno y otro bando con inenarrable emoción.

La tarde del encuentro, el campo de fútbol presentaba el mismo brillante aspecto que cuando se jugó contra el Manchester. Ni una sola de las localidades estaba por ocupar. Como antes, entre los espectadores descubrimos a Zacarías en la dulce compañía de su Dede, tan cam-

pante como siempre, tan cargado de buen humor como siempre y con las mismas deudas también de siempre, pues durante este tiempo le han sucedido las cosas más extravagantes e inverosímiles; basta decir que para pagar deudas y hacerse con algún dolar que le permitiera obsequiar a su Dulcinea se resignó a que le diera un tranquilo compañero acomodado tres soberanos golpes con un remo en la parte más blanda de sus posaderas. En fin, la calamidad ambulante.

Pero, en medio de todas sus extravagancias conservaba un cierto espíritu de solidaridad y de clase y allí estaba para alentar a sus amigos, si lo necesitaban, contristado de que no le permitieran alinearse a Larry sin cuyo estimable concurso consideraba más que segura la derrota de su equipo.

Dió comienzo el partido con enormes bríos por ambas partes y vistosas jugadas efectuadas por jugadores de ambos bandos. El público se divertía de lo lindo y el encuentro iba transcurriendo en medio de una gran emoción y sin grandes novedades que anotar. Poco tiempo duró, no obstante, este equilibrio. Los del equipo contrario, mejor conducidos y dirigidos con más habilidad se apuntaron el primer tanto y ya fué lo suficiente para que las simpatías del público, tan fácil en sus apreciaciones y tan veleidoso en sus preferencias, se inclinara en favor de los que hasta ahora eran los triunfadores. En el equipo del State se jugaba mucho y con coraje, es cierto, pero se echaba en falta la capacidad de un conductor hábil y científico que hiciera cristalizar en resultados positivos en el tanteador los esfuerzos de los jugadores. En una palabra: faltaba allí, en el campo de juego, la ciencia y la destreza de Larry, quien se consumía y se revolvía en su asiento entre los reservas apartados por Parker en previsión de que alguno de los contendientes se lesionara. Así lo comprendía el experto jugador que se retorció de rabia al ver que la negativa del entrenador podía acarrear al equipo una nueva derrota que significaría el eclipse total y seguro de una historia brillante en la vida del deporte. No pudo más y se levantó para solicitar una vez más de Parker que le permitiera entrar en juego.

Pero el terco entrenador le contestó con una nueva y tajante negativa. Volvióse resignado a su asiento desde el que seguía todas las incidencias de sus compañeros a los que no dejaba de animar continuamente. Todo era, empero, en vano. Seguía el encuentro con neto dominio de los contrarios que llevaban ya marcados cinco tantos contra ninguno los del State. Larry se moría de pena y de rabia. Veía las jugadas, se daba perfecta cuenta de las ocasiones magníficas que pudiera él haber aprovechado para marcar en desquite que deseaba hacer de su anterior actuación y que le era consentido hacer en justa reparación. Insistió de nuevo en sus súplicas y otra vez le fué denegado lo que con todo su corazón ansiaba.

Estos movimientos de Larry fueron vistos y seguidos por parte de los espectadores, muy particularmente por Betty y algunos de sus mejores amigos que tenían la plena esperanza de que si Larry saltaba al campo variaría la suerte del equipo y el resultado del partido. Tan convencida estaba especialmente Betty de esto, que saltó también de su asiento en el que le picaban todas las ansiedades. Cogió un tubo de resonancia de los que se usan para dar avisos en los espectáculos muy concurridos y dirigiéndose a sus compañeros de la Escuela interesó de los mismos que requirieran a coro la presencia de Larry en el campo. Acabada su fogosa peroración, la mayoría de los escolares formaban un coro atronador que repetía incessantemente: ¡Que juegue Larry, que juegue Larry! Había que ver cómo vociferaba Zacarías solicitando la presencia de su amigo en el campo...

Cuando nadie lo esperaba, prodújose en el estadio un desagradable encontronazo entre dos jugadores adversos y hubo necesidad de retirar lastimado al del State que tuvo que ser llevado urgentemente al Hospital. Faltaban cinco minutos para finalizar el partido en el que el triunfo era ya casi seguro a favor del equipo contrario. Cuando se disponía a ocupar el sitio del lesionado un reserva, nuevamente solicita Larry ocupar el puesto vacante. Se le denegó también, pero fué tanta su insistencia, que, por fin, le consiente Parker que sea el campeón el que le reemplace.

Al advertir los espectadores el cambio y ver la forma desaforada en que se lanzó al juego Larry, una oleada de emoción se apoderó de todos los asistentes.

Al instante coge Larry la pelota, corre solo como disparado por el campo burlando a cuantos contrarios se oponían a su carrera y marco solo, netamente, destacado de todos, el primer tanto para su equipo. El resto de sus compañeros sintieron crecer su moral en forma espléndida. Otra jugada formidable de Larry que se traduce en un nuevo tanto para su equipo. Y así seguidamente, otro y otros hasta trece que era el número alcanzado por los contrarios. Nunca jugador alguno había sido autor de tales proezas y nunca se había notado en campo alguno de deportes una tan tremenda emoción. Cuando estaba ya a punto de terminar el partido, se consiguió el tanto de la victoria por los escolares. El triunfo era suyo en unos minutos de indescriptible emoción que acababan de vivir los espectadores. Los estudiantes se volvían locos de contento y Parker se sentía plenamente reivindicado, gracias al esfuerzo de un jugador al que insistentemente se había obstinado en negarle la participación en tan empeñada como discutida contienda. Pero se había triunfado, que es lo que más interesaba. Al retirarse del campo los jugadores, la ovación tributada a Larry no era igualable a ninguna hasta entonces dispensada a jugador alguno. Los compañeros de la Escuela, ébrios de entusiasmo y de alegría, lo llevaron en hombros hasta la Escuela en medio del mayor jolgorio y cantando himnos y canciones en honor al artífice de la victoria. Otro grupo cogió también a Betty que tanta participación tenía en el triunfo y fué también llevada en hombros hasta el Colegio.

Al día siguiente toda la prensa dedicaba al enorme jugador los más ditirámicos elogios y le señalaban como el jugador número uno indiscutible entre todos los del mundo por la proeza nunca vista que acababa de realizar a la vista de un público tan numeroso como inteligente.

Mientras tanto en la Escuela, entre aires triunfales y algarabía general, tenía lugar en el despacho del Director la liquidación de un incidente cuya comisión había sembrado la indignación entre todos los escolares sensatos:

ante el Director estaban Betty y Markoff, acusado éste de ser el autor del secuestro de la novia de Larry con las finalidades que ya conocen los lectores y que la propia Betty explicó con toda serenidad al Director a presencia del inculpado quien se esforzaba en negar su participación en tan repugnante delito.

Solicitó Betty el testimonio de Tonnetti y éste fué llamado a declarar ante el Director al que manifestó cuanto sabía en estos términos sorprendentes:

—Señor Director: yo no soy un escolar más en este Centro de Enseñanza, sino un agente de la Policía disfrazado de estudiante. El Gobierno tiene toda la confianza en sus escolares pero en evitación de que agentes revolucionarios que saben infiltrarse habilidosamente en las escuelas, perviertan a nuestra juventud, distribuye algún agente, graduado también recientemente en nuestras Universidades que no suscite sospechas entre el elemento escolar. Tonnetti no es más que el nombre supuesto en que entré yo en la Escuela para vigilar los pasos de este supuesto estudiante que se hace llamar Markoff cuando su nombre real es el de un conocido agitador revolucionario. Este es el autor del secuestro de la joven Betty y tiene por cómplice a Carola Arlington a la que ha conseguido atraer a su causa revolucionaria. La táctica que han seguido para sus finalidades revolucionarias ha sido desacreditar a Larry, después de imbuirle determinadas teorías sobre el deporte y la cultura física y las finalidades que usted y Parker daban al dinero que producían los partidos. Con esta aportación valiosa, que no han podido conseguir gracias a los esfuerzos de Betty, se proponían desacreditar la Escuela y al Gobierno. Esto es todo.

Los dos inculpados fueron al momento detenidos e ingresados en la cárcel. Y entonces comprendió Larry todo el inmenso amor que Betty le profesaba a la que prometió corresponder y hacerla su esposa.

FIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Tailor e Irene Dunne.
— 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
— 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
— 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.
— 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
— 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
— 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india*, por La Jana.
— 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
— 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.

En preparación

La marca de Cain, por Noah Beery (hijo) Jean Rogers.

Una chica de provincias, por Janet Gaynor y Robert Taylor.

Siete bofetadas, por Lilian Harvey y Willy Fritsch

Capitán Costali, por Karl Diehl y Olga Tschechowa

PUBLICACIONES CINEMA

APARTADO, 47

SAN SEBASTIAN

de San Juan 91, Barcelona

